

al rey de Prusia, aunque solo hubiese sido por el tiempo de seis meses, habría bastado para salvar á la casa de Austria y á la Inglaterra; el cardenal Fleury no se habría atrevido á emprender nada decisivo con el fin de repartir la herencia austriaca ni de quitar al duque de Lorena la corona imperial de Alemania; habría intrigado y trabajado bajo mano, pero no habría gastado ni hombres ni dinero para realizar sus planes. Pero nosotros no teníamos ningun plan grande ni fijo; procedimos á la ventura y caprichosamente; *queremos esto y tambien lo otro, no queriendo que otro adquiriera cosa alguna sin darnos lo que no nos pertenece*; decimos que los holandeses no son buenos para nada, que tal soberano es un pillo y tal ministro un pícaro indigno, y ahora resulta que la soberbia y falsedad del Austria han reducido todos los ofrecimientos y proyectos á una cuerda hecha de arena. No existen en el día dos potencias que estén acordes sobre las medidas convenientes para salvar á la Inglaterra.»

La conducta indigna del rey de Inglaterra obligó á Federico II á dar un paso que á haber podido elegir jamás habría dado, paso que le costó muchos meses de lucha interior y al cual se decidió solo cuando no le quedó ya otro medio para defenderse contra la política conspiradora del rey Jorge. Este paso fué el tratado de alianza con la Francia que firmó en 5 de junio, y que despejó al instante todo el nublado acumulado en el horizonte político de Europa, descubriendo la tremenda y seria realidad, que nadie había sabido ver hasta entonces ni en Viena, ni en Londres, ni en San Petersburgo, ni en Dresde.

El tratado franco prusiano constaba de 8 artículos y de un apéndice secreto de 4 artículos que contenían la esencia del convenio. En el primero de estos últimos garantizaba la Francia al rey de Prusia y á todos sus sucesores la posesión tranquila de la Silesia baja con la capital Breslau, obligándose por su parte la Prusia á no introducir en este territorio ningun cambio en perjuicio de la religion católica, y renunciando tambien á todos sus derechos sobre los ducados de Julish y Berg á favor de la casa de Pfalz Sulzbach y de sus descendientes. Esta renuncia sin embargo no había de entrar en vigor sino despues que la cesion de la Silesia baja con Breslau fuese un hecho consumado y legalmente reconocido por el Austria en un tratado de paz formal garantido por la casa de Pfalz Sulzbach, y por Francia, España, Suecia y Baviera.

En el segundo artículo secreto se obligaba el gobierno francés á procurar que la Suecia declarase inmediatamente la guerra á la Rusia que se había mezclado en todas las conspiraciones secretas dirigidas contra la Prusia, por cuya razon debía esta última potencia hacer sin dilacion un tratado de alianza con la Suecia para dar á esta la completa seguridad de que la Prusia jamás la impedirá arrebatar á la Rusia las provincias que antiguamente habían pertenecido á la corona sueca.

Por el artículo tercero se obligaban ambas partes contratantes á coadyuvar á la eleccion del príncipe elector de Baviera para emperador de Alemania.

En el cuarto artículo prometía la Francia auxiliar con todas sus fuerzas al príncipe elector de Baviera contra el Austria, ponerle sin tardanza en estado de operar con energía y vigor, enviarle las tropas que le faltaban para defenderse contra todo ataque, y apoyar y sostener sus pretensiones por medio de una diversion armada imponente.

El marqués de Valory, encargado de esta negociacion por la corte de Versalles, dice en sus memorias que Federico nada quiso saber de una alianza con Francia mientras tuvo esperanzas de arreglo con el Austria, y que solo cesó su resistencia cuando le constó la conspiracion traidora del

rey de Inglaterra con el de Polonia y el elector de Sajonia.

Convenida la alianza, supo conservar en ella misma su completa independencia respecto de los intereses alemanes. La renuncia á los ducados de Julish y Berg no era ningun sacrificio notable si recibía en cambio la Silesia baja con Breslau, y la eleccion del príncipe elector de Baviera para emperador de Alemania coincidía perfectamente con sus intereses en Alemania. Ninguna obligacion contrajo en este tratado para apoyar proyectos ulteriores de la Francia respecto del Austria, ni para continuar la alianza un solo día, una vez hecha la cesion de la Silesia á su favor; únicamente coartó su libertad de accion el hecho de que con esta alianza verificada por necesidad, podía suscitarse la guerra general por la sucesion austriaca y por la del trono imperial de Alemania, en la cual jugaba su propia suerte. Hasta entonces había tenido las manos completamente libres; pero ya no en la nueva guerra grande que iba á empezar y cuyo resultado nadie podía prever. En sus escritos asegura seriamente, y no hay motivo alguno para dudar de su veracidad, que por ningun precio deseaba destruir al Austria para ser despues juntamente con los electores de Baviera y de Sajonia el vasallo de la Francia.

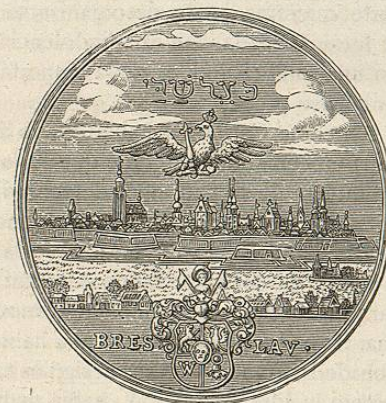
¿Qué pretendía el gobierno francés cuando tanto se cuidaba de la cuestion austriaca? Dividirla en cuatro partes y dar la mayor, es decir, la Bohemia, el Austria alta, el Breisgau y el Tirol á la Baviera; el segundo lote ó sea la Silesia baja con Breslau á la Prusia; el tercero, es decir, la Silesia alta y la Moravia á la Sajonia, dejando el resto para María Teresa. Sobre estas cuatro potencias se habría erigido la Francia como supremo árbitro, dice Federico, con lo cual habría sido tambien el árbitro de la Europa; y cooperar á este plan habría sido equivalente á romper las cadenas austriacas para entregarse á las cadenas francesas. No obstante, no pudo menos de cooperar á este proyecto, á causa del cariz que luego tomó la guerra de sucesion, que le puso en una situacion en que hubo de temer casi tanto de los franceses, bávaros y sajones, sus aliados, como de las armas austriacas.

La gran demostracion de actividad prometida por la Francia en el tratado citado se hizo esperar bastante poniendo á prueba la paciencia de Federico; una semana tras otra pasaban y las obras tan «inmediatas» que se habían prometido y esperaba el rey con ansia, no se veían; pero la voz que corrió entre sus enemigos de haberse llevado á cabo la alianza fué ya bastante para hacer milagros. El rey Jorge II se hallaba instalado en su capital de Hanover ocupado en reunir las huestes de su cruzada cuando recibió la noticia del tratado que reducía sus ensueños halagadores á la nada, noticia que le dejó estupefacto. Casi al propio tiempo le llegó otra tambien funesta, á saber: el resultado fatal del ataque del almirante inglés Vernon á la plaza de Cartagena de América. Había perdido 8,000 hombres de los 10,000 de desembarco que llevaba. Tampoco llegaban los 6,000 daneses ni los 6,000 hesseses ni los 12,000 sajones, que continuaban tranquilamente en sus casas. Con terror vió que los tratados, los convenios de reparto de los territorios que habían de servir de botín, y los subsidios ingleses habían perdido en todas partes su poder mágico con la sola noticia de la alianza de la Prusia con la Francia.

El embajador inglés en Viena fué el primero que dió las nuevas en palacio del tratado celebrado en Breslau entre Federico y la Francia; al oírlos el consejo de Estado, dice Robinson en uno de sus despachos, «se quedaron como muertos los venerables ancianos en sus sillas curules.» En seguida le envió Walpole órdenes precisas para convencer á Bartenstein de la necesidad de renunciar ya á su resistencia,

y excitarle á un arreglo inmediato con Federico II. Entre tanto el agente austriaco de Viena en Paris, Wasner, ya mencionado en el curso de esta obra, escribió á su gobierno que estaban en marcha hácia la Baviera y Bohemia 40,000 franceses.

Esto acabó con la obstinacion de María Teresa, la cual encargó á lord Hyndford que hiciera proposiciones á Federico II. El rey de Prusia las rechazó, y entonces María Teresa envió á Robinson con un ultimatum tan ridículo, que sorprende que el embajador inglés pudiera aprobarlo y encargarse de su presentacion, como lo hizo en 7 de agosto en el campamento de Strehlen.



Medalla de plata conmemorativa de la conquista de Breslau. Tamaño natural

pesetas) de indemnizacion de gastos en cambio de la evacuacion de la Silesia.

«¡Qué! le contestó el rey, ¿me toman acaso por un harapiento y quieren comprarme un país que he conquistado con tanta sangre y gasto? ¿Semejante ofrecimiento y ultraje me hace un gobierno cuya hacienda está tan desordenada que no sabe dónde procurarse el dinero indispensable para las atenciones mas perentorias? Si V. no trae proposiciones mas aceptables, no vale la pena de perder el tiempo en hablar una sola palabra.» El rey acompañó esta contestacion con gestos teatrales como dando á entender que estaba indignadísimo.

Al ver esto sacó Robinson su segunda proposicion ofreciendo en lugar de la Silesia la parte del ducado de Güeldres que correspondía al Austria con todo lo que iba anexo á él y con la completa soberanía. Al oírlo se volvió el rey hácia su ministro Podewils preguntándole: «¿Qué nos falta todavía para tener todo el ducado de Güeldres?—Casi nada», le contestó aquel; y entonces exclamó Federico disgustado: «Estos son mendrugos de pan que se arrojan á un mendigo; ¿Por semejante rincón miserable se quiere que renuncie á mis derechos sobre la Silesia?»

Finalmente salió Robinson con el último recurso y ofreció en cambio de la Silesia el ducado de Limburgo, ensalzando la belleza, feracidad y riqueza de este país; pero el rey le dijo que sobre este país no tenía él ningun derecho como le tenía sobre la Silesia; cuanto mas que tampoco tenía el Austria ningun derecho para regalar aquel ducado á nadie; ni lo permitía el tratado sobre la barrera defensiva de la Holanda, á quien todavía nadie había consultado y que por cierto no aceptaría semejante cambio. A estas razones añadió luego por vía de final: «Yo me debo en primer lugar á mis súbditos; sin la mas negra ingratitud y la mas infame cobardía no puedo ni debo abandonar á todos estos protestantes que con sus oraciones y sus corazones me han estado llamando tanto tiempo á Silesia para protegerlos contra las persecuciones del Austria, que se vengaría y ensañaría en

Los contemporáneos de Robinson nos le pintan dominado por la pasión de declamar sobre todo con gran oratoria patética, como quien está por encima de todos, y tan entusiasmado de los encantos de la reina María Teresa que hasta en el campamento de Strehlen se le escapó decir al rey que si hubiese visto á aquella mujer se habría enamorado perdiéndamente de ella y habría tratado desde aquel momento mas bien de aumentar que de reducir sus dominios. Federico estaba preparado ya é informado de quién era Robinson, el cual presentó sus proposiciones gradualmente en tres etapas para ir soltando prendas á medida que fuese menester.

Primero ofreció á Federico 200,000 talers (unas 700,000

ellos si yo los arrojase otra vez en sus garras. En segundo lugar me debo á mi mismo, y jamás me rebajaré á renegar de los sentimientos de honor en que he nacido. Si alguna vez llegara el caso que me olvidara de lo que soy hasta ese punto, saldrían de sus sepulcros las sombras de mis generosos y nobles antepasados para seguirme por do quiera y gritarme incesantemente al oído: «¡Desgraciado, ruborízate de vergüenza; vendes nuestro derecho sobre la Silesia; vendes á tus súbditos, vendes el nombre de la Prusia, tu fama, tu honor; todo lo vendes. Ya no eres nuestro hijo ni nuestra sangre. Vé, ocúltate en un desierto donde no se conozca la virtud, y donde solo vivan seres miserables deshonrados como tú. «No, jamás dirán semejante cosa de mí; primero me dejaré matar bajo las ruinas de la Silesia, ó me arrojaré con mi ejército en un abismo, que hacerme culpable de semejante accion indigna y contraria á mi honor y á la fama de la Prusia.»

Robinson se marchó consternado.

El mismo día de esta entrevista, es decir, el 7 de agosto entraron el feldmariscal Schwerin y el príncipe Leopoldo de Dessau en Breslau, donde sin acordarse nadie del derecho de guarnicion, juraron inmediatamente fidelidad al rey de Prusia reconociéndole por soberano el consejo municipal y los gremios con sus síndicos; de modo que en un momento y sin derramar una gota de sangre quedó trasformada la ciudad siempre neutral de Breslau en ciudad eminentemente prusiana, mientras la guerra se extendió como huracán desencadenado sobre todos los demás distritos comprendidos en la pragmática sancion.

En 31 de julio llegaron tropas bávaras delante de Passau y ocuparon la ciudad y la ciudadela Oberhaus. En 4 de agosto declaró la Suecia la guerra á la Rusia, y al propio tiempo se reunieron dos ejércitos franceses, el uno destinado al Norte de Alemania y el otro á auxiliar á la Baviera. Este último atravesó el Rhin en 15 de agosto. Al saber esto suplicó el rey Jorge humildemente y con vivas instancias á su sobrino, el rey de Prusia, que acudiera al auxilio de su

amado electorado de Hanover; mientras por otro lado hizo asediar á la reina María Teresa para que hiciese la paz á cualquier precio con el mismo Federico II. Harrington estaba tambien convencido de que solo la Prusia podia salvar al imperio aleman y la causa del protestantismo. María Teresa supo excitar el entusiasmo de los húngaros en el parlamento de Presburgo; pero este entusiasmo no le dió un ejército, porque hasta fin del mismo año apenas se habian presentado unos 200 individuos procedentes de la insurreccion anterior de Hungría, para engrosar el ejército que la reina necesitaba para reforzar el único que tenia, que era el mandado por Neipperg en Silesia.

Estando así las cosas, salvó Federico II á ambos enemigos, el electorado de Hanover y el Austria. Para aquel obtuvo el reconocimiento de su neutralidad en cambio de su promesa de dar su voto en la próxima eleccion de emperador de Alemania á favor del elector de Baviera Carlos Alberto; y al mismo tiempo poniéndose en inteligencia con Neipperg, concertó con él una tregua secreta hasta saber si el gabinete de Viena se avenia á cederle la Silesia baja inclusa la plaza de Neisse, que entretanto debería continuar sitiada y se sostendria sin hostilizarse los unos á los otros. Esta inteligencia puramente verbal tuvo efecto entre el rey y el general emigo el 9 de octubre en una aldea llamada Klein-Schellendorf, y en presencia entre otras personas del embajador inglés lord Hyndford que la puso por escrito simplemente para ayudar á la memoria, pues que no era ningun convenio ni tratado ni siquiera preliminar de tal. Por esta razon tampoco se firmó por ninguno de los interesados, pero en realidad sacó á María Teresa de sus apuros mayores y la salvó, porque segun ha dicho recientemente el feldmariscal Rothkirch, ferviente austriaco, en la Gaceta militar de Viena, el rey no queria que sobre las ruinas del Austria se levantasen varios pequeños Estados, como de costumbre enemigos entre sí, y que fueran impotentes para resistir la influencia y direccion de la Francia que así dominaria de hecho toda la Alemania. Además le convenia tambien probar á los bávaros y franceses que sin él no podian hacer nada en el imperio.

Esta es la historia de la mediacion inglesa que empezó por no conocer ni desempeñar el papel mas natural que le tocaba; que destruyó sus propias y mas brillantes esperanzas, acabando finalmente por hacer, obligada por los sucesos, pero ya sin honra ni agradecimiento de nadie, lo que podia haber hecho desde un principio con honra y hasta con provecho. El Austria, confiando siempre en la Inglaterra, se habia dejado llevar por ella á un atoladero donde Inglaterra la dejó infamemente abandonada, como dijo Pitt en uno de sus discursos. La Gran Bretaña podia y debia haber evitado la guerra de sucesion austriaca: pero en lugar de esto hizo una política traidora, solapada, torpe y pueril.

II.—EL ELECTOR DE BAVIERA CARLOS ALBERTO; SUS ILUSIONES IMPERIALES, Y LA REHABILITACION DEL AUSTRIA. (1)

La misma perseverancia que empleó el emperador Carlos VI para reunir el mayor número de potencias garantes de su pragmática sancion, empleó tambien la corte de Baviera durante una generacion larga para contrarestarla, pero siguiendo un procedimiento completamente equivocado. El primer medio habria sido la economía para disponer de

(1) Hânse consultado las obras alemanas siguientes: C. T. HEIGEL, *La contienda por la sucesion austriaca, y la eleccion de Carlos VII para emperador de Alemania*. Nördlingen 1877. *Historia de la guerra de sucesion de Austria* en la Gaceta militar del Austria. Viena 1827.—ARNETH, *María Teresa*. Viena 1864, y la obra francesa de JOBEZ, *La France sous Louis XV*.

fondos, y luego la creacion de un ejército bien instruido; pero ni Maximiliano Manuel murió en 20 de febrero de 1726, ni su hijo Carlos Alberto pensaron jamás ni siquiera en aligerar sus deudas opresoras disminuyendo los gastos de su corte, ni en aumentar sus recursos administrando sábia y reproductivamente los de su país, como hizo Federico Guillermo I de Prusia; ni en crearse como él un ejército, elemento indispensable para acometer grandes empresas políticas. Todos sus planes ambiciosos de llegar á ser gran potencia se cimentaban, en especial los de Carlos Alberto, sobre socorros franceses en dinero, en tropas y servicios diplomáticos, teniendo en ellos tanta confianza y seguridad tan estúpida que no salia de la embriaguez de sus fiestas suntuosas de corte; mientras dejaba desorganizarse sin el menor cuidado su fuerza armada con una indolencia que hoy nos pasma, sin una sombra de idea de la importancia y gravedad de su ambicioso proyecto.

Así como Carlos VI habia criado á su hija María Teresa en la creencia inmutable de que á ella correspondia la herencia íntegra de su padre por derecho divino que ningun poder humano podia destruir, del mismo modo el príncipe elector de Baviera se habia educado en la conviccion de que le tocaba la corona imperial de Alemania y lo mejor de la monarquía austriaca si el emperador moria sin sucesion masculina. Su padre ya en el año 1714 habia obtenido la cooperacion de la Francia para sus designios estipulada en un tratado secreto, y contando con él, habia pedido y obtenido para su hijo en 1722 la mano de la segunda hija del emperador José I, María Amalia, y habia permitido que la jóven pareja renunciara con juramento solemne á todos los derechos de sucesion, y reconociera la pragmática sancion, porque fundaba sus pretensiones sobre derechos mas antiguos que en su opinion no quedaban invalidados por la nueva pragmática. Cuando su hijo en 1725 fué huésped obsequiado de Luis XV en Versalles le encargó todavia en una carta que no pudiese jamás de vista este objeto. Murió pocos meses despues, y le sucedió su hijo Carlos Alberto á la edad de 29 años en 26 de febrero de 1726.

El jóven elector procedió conforme le habia enseñado y prescrito su padre, y en 12 de noviembre de 1727 firmó con la Francia un convenio de subsidios y de alianza. En otoño de 1731 protestó con la Sajonia en la dieta de Alemania contra la garantía del imperio á favor de la pragmática sancion, y no obteniendo éxito su protesta, celebró con el soberano de Sajonia un convenio de amistad y de alianza en que ambas cortes se reservaron sus pretensiones y derechos sobre la herencia austriaca. Despues de cuando su hermano el príncipe elector de Colonia, Clemente Augusto, se pasó con gran sentimiento suyo al partido del emperador, le hizo saber su firme resolucion de sostener en su día sus derechos como descendiente directo y heredero de Fernando I y de su esposa Ana contra la familia archiducal, y le previno que para evitar la guerra que resultaria y que él haria con la cooperacion de Francia no veia otro medio mas que el casamiento de sus dos hijos con las dos hijas del emperador. Para lograr estas uniones y atemorizar al emperador hizo firmar por su embajador en Versalles con la Francia un nuevo convenio en 15 de noviembre de 1733, y cuando su proyecto del doble casamiento quedó burlado al casarse María Teresa con el duque Francisco de Lorena en 12 de febrero de 1736, se empeñó en lograr para su heredero siquiera la mano de la hermana menor María Ana y asegurar con esto para su casa un derecho sobre los Estados hereditarios de la casa de Austria.

Este proyecto encerraba ya el plan de una reparticion de la monarquía austriaca, por cuya razon muy trasparente no

podia convenir á Carlos VI; sin contar que la gran diferencia de edad entre la archiduquesa y el príncipe heredero de Baviera se oponia ya á esta union.

En esto falleció el emperador, y cuando el conde Perusa, embajador bávaro en Viena, suscitó del modo que sabemos la cuestion de sucesion á favor de su soberano con un éxito lamentable no contaba este con mas apoyo que el basado en el convenio de próroga de subsidios franceses renovado en 16 de mayo de 1738. El chasco que recibió la pretension bávara fué tal, que en todo el cuerpo diplomático reunido en Viena sin diferencia de partidos no hubo mas que una sola voz de reprobacion. Hasta el cardenal Fleury tuvo que hacer coro á lo menos públicamente para condenar tan injustificada pretension, si bien en secreto prometió al embajador bávaro en Paris, príncipe de Grimberghen, que el rey de Francia auxiliaria al elector de Baviera con toda la energía posible concediéndole en prueba de ello 400,000 florines para hacer armamentos en lugar de un millon que el elector habia hecho pedir.

La declaracion de guerra de España á la Inglaterra cambió entonces en gran manera la situacion de la Francia, y en setiembre de 1740 se vió Fleury obligado á enviar 22 buques de guerra franceses á América. En noviembre publicó un manifiesto en el cual amenazaba declarar la guerra á Inglaterra si esta no cesaba en sus ataques á las colonias españolas; de suerte que siendo la guerra inminente con la Gran Bretaña, era cuestion muy seria para la Francia la de embarcarse todavia en otra guerra en Alemania. Indudablemente le convenia aprovechar la coyuntura que le ofrecia la debilidad del Austria para empequeñecerla; pero ¿era tambien conveniente poner sus ejércitos en marcha para crearse, en una Baviera poderosa, otro enemigo tan temible como el Austria? Por supuesto que mas convenia á la Francia tener en Carlos Alberto un emperador del sacro imperio germánico-romano por la gracia de la corte de Versalles que sufrir la eleccion del duque de Lorena que quizá trabajaria desde el primer momento para recuperar su antiguo patrimonio, el ducado de sus mayores. Para lograr la eleccion de Carlos Alberto era indispensable la guerra, la cual en aquel momento no convenia á la Francia; mas para no renunciar á la idea, podia probarse la via diplomática empleando los tan conocidos recursos, dando su apoyo moral á la Prusia, socorros pecuniarios á la Sajonia y Baviera, y comprando los votos de los príncipes electores eclesiásticos, con lo cual habia bastante para avivar la hoguera y mantener el incendio, quedando siempre en manos de la Francia el arbitraje final y abierto el campo para tomar una parte mas activa en los sucesos si era menester. Lo que por lo pronto convenia era evitar toda publicidad y compromiso. La Sajonia aguardaba á que empezara la Baviera, y esta no podia tomar la ofensiva sin el auxilio de las armas francesas. Por otro lado convenia que la Baviera no llegara á conocer que la Francia la instigaba á la guerra, para dejarla abandonada si el éxito no correspondia á lo que la Francia deseaba. Esto explica la doble conducta del cardenal Fleury que con una habilidad y un atrevimiento inconcebibles supo tener tanto tiempo en el banco del tormento por un lado al impaciente elector de Baviera y por otro á la confiada y creyente reina de Hungría y de Bohemia. El papel de incendiario era el único que convenia al anciano cardenal Fleury que á la sazón contaba 88 años, porque en aquellos instantes se habia hecho difícilísima la situacion interior de Francia, tanto que Argenson escribió en sus memorias en 4 de diciembre de 1740: «El malestar aumenta; los capitalistas ya no quieren adelantar fondos.» La intervencion del mariscal Belleisle en la política francesa en Alemania cambió la situacion empujando á la

Francia irremisiblemente á la guerra, y desbaratando todas las intrigas y los trabajos de zapa del cardenal, como siete años antes habia hecho Chauvelin en la cuestion polaca.

El conde de Belleisle fué nombrado en 20 de diciembre para representar á la Francia en la dieta germánica reunida en Francfort con el fin de elegir el sucesor del emperador difunto. Para saber lo que significaba este nombramiento basta leer lo que sobre él escribió en el mismo día el marqués D'Argenson en sus memorias, á saber: «Dicese que acaban de confiarse los intereses de la paz á la persona que en Francia aboga mas por la guerra, y desde su punto de vista personal con bastante motivo, porque sabe que al primer cañonazo ha de recibir el baston de mariscal. Este hombre, pues, en lugar de trabajar por la paz, alborotará la Alemania con sus intrigas. Todo el mundo se admira de su creciente influencia en la corte; y es que este hombre se ha formado una opinion y un sistema fijos de los asuntos de Alemania basados en un cúmulo de materiales. Tiene un genio fogoso, come y duerme poco y medita mucho; de modo que por poco que hable deslumbra á la pequeña tribu ministerial. Parece, pues, que no tardaremos en estar acordes con la Baviera, y entonces tendremos la guerra segura. ¡Qué desgraciado es el país en que vivimos!»

El sistema del conde de Belleisle es conocido en su parte mas principal, y la historia ha dado razon á los temores de los amigos de la paz en Francia. La obcecacion de una corte que permitió á este hombre seguir su sistema personal es uno de los hechos que mas ilustran la decadencia de la política francesa.

El sorprendente resultado que habia coronado el paseo militar de Federico II por la Silesia, tenia embriagado al partido de la guerra en Versalles y aun al mismo rey, el cual en 13 de febrero de 1741 nombró de un golpe siete mariscales de Francia, nombramiento que era la mejor prueba de las intenciones belicosas reinantes. Uno de los agraciados fué el conde de Belleisle que á la sazón contaba 54 años, oficial excelente de caballería, pero que todavia no habia dirigido ni ganado batalla alguna.

Empezó su cometido desde Francfort conquistando los votos de los electores eclesiásticos, los príncipes preladados de Maguncia, Colonia y Tréveris, á favor de Carlos Alberto. Luego pasó con igual objeto á Dresde y de allí al campamento de Mollwitz, donde asentó con Federico II las bases del tratado que firmó seis semanas despues el marqués de Valory como plenipotenciario del rey de Francia.

En 18 de mayo llegó Belleisle al palacio de Nymphenburg cerca de Munich, donde entonces residia el elector de Baviera con su corte. Su llegada oportuna facilitó la conclusion de un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre España y Baviera dirigida contra el Austria, elaborado entre el embajador español conde de Montijo y el ministro bávaro conde de Toerring, y formalizado y firmado en 28 de mayo de 1741 gracias á la enérgica intervencion del mariscal francés. En este tratado se obligaba el gobierno español á pagar 800,000 libras de una vez al príncipe elector de Baviera á título de indemnizacion por los daños y perjuicios recibidos en la guerra de sucesion española, y además ochenta mil florines mensuales á título de subsidio de guerra, á fin de que pudiera unir á la corona imperial una parte de los dominios del Austria en Alemania, cuya extension se fijaria en adelante. En cambio se darian al rey de España los territorios que el Austria tenia en Italia. Háse hablado tambien de un tratado franco-bávaro firmado en el mismo sitio y en el mismo día y ratificado en Versalles en 4 de junio; pero esta es una pura invencion divulgada por los enemigos del elector de Baviera á fin de presentarle con el